



LA HEREJÍA DE HORUS

# PROSPERO EN LLAMAS

Dan Abnett

timun**mas**

## LA HEREJÍA DE HORUS

*Una época legendaria*

Héroes extraordinarios combaten por el derecho a gobernar la galaxia. Los inmensos ejércitos del Emperador de Terra han conquistado la galaxia en una gran cruzada; los guerreros de élite del Emperador han aplastado y eliminado de la faz de la historia a innumerables razas alienígenas.

El amanecer de una nueva era de supremacía de la humanidad se alza en el horizonte.

Ciudadelas fulgurantes de mármol y oro celebran las muchas victorias del Emperador. Arcos triunfales se erigen en un millón de mundos para dejar constancia de las hazañas épicas de sus guerreros más poderosos y letales.

Situados en el primer lugar entre todos ellos están los primarcas, seres pertenecientes a la categoría de superhéroes que han conducido los ejércitos de marines espaciales del Emperador a una victoria tras otra. Son imparables y magníficos, el pináculo de la experimentación genética. Los marines espaciales son los guerreros más poderosos que la galaxia haya conocido, cada uno de ellos capaz de superar a un centenar o más de hombres normales en combate.

Organizados en ejércitos inmensos de decenas de miles de hombres llamados legiones, los marines espaciales y sus jefes primarcas conquistan la galaxia en el nombre del Emperador.

El más importante entre los primarcas es Horus, llamado «el Glorioso», la Estrella Más Brillante, el favorito del Emperador, e igual que un hijo es para él. Es el señor de la guerra, el comandante en jefe del poderío militar del Emperador, dominador de un millón de mundos y conquistador

de la galaxia. Se trata de un guerrero sin igual,  
un diplomático eminente.

Cuando las llamas de la guerra se extienden  
por toda la galaxia, los paladines de la humanidad  
se verán enfrentados a su mayor desafío.

PRIMERA PARTE

# EL UPPLANDER

## UNO

### AL LLEGAR LA PRIMAVERA

La muerte los tenía rodeados.

Había llegado para cortar hilos de vida, y aquel día mostraba cuatro rostros.

Era una muerte ardiente para aquellos que estaban demasiado heridos o demasiado temerosos como para abandonar el asentamiento mientras la tormenta de fuego lo arrasaba. Una muerte helada para aquellos que huyeron corriendo hacia arriba por la escarpadura para evitar el asesinato. Incluso en plena primavera, el viento llegaba desde las planicies de hielo con un filo cortante que arrancaba el calor de los pulmones a cualquiera que quedara expuesto, y que le pudría las manos y los pies hasta dejarlos convertidos en ramitas ennegrecidas para acabar transformándolo en un fardo rígido y duro como la piedra cubierta de escarcha.

Para otros era una muerte por ahogamiento si intentaban huir sobre el hielo azul que rodeaba la lengua de tierra. La primavera ya había comenzado a actuar sobre el hielo marino de la orilla y lo estaba soltando poco a poco, como una muela se aflojaría en la encía. El hielo ya no sería capaz de soportar el peso de una persona, al menos, de forma fiable. Si el hielo se partía, uno se hundía sin remedio. Con rapidez si lo atravesabas directamente, y con aterradora lentitud si la placa de hielo se volcaba y hacía que te deslizaras hacia tu fin. En cualquiera de los dos casos, el agua que esperaba abajo era negra como el aceite, y estaba tan fría que los pensamientos se congelarían en el cerebro antes incluso de que los pulmones quedaran vacíos.

Para los demás, para los que se quedaron a combatir, era una muerte sangrienta. La muerte que te derribaba con fuerza contra el hielo cuando

una maza o una hacha te golpeaba y te hacía sentir el calor ardiente de tu propia sangre y el dolor aullante de la herida que te dejaba indefenso. Ésa era la muerte que se alzaba sobre ti y te golpeaba una y otra vez, una y otra vez, tantas veces como fuera necesario para que no te levantasas nunca más, o hasta que quedabas tan desfigurado que la muerte ya no era capaz de mirarte y se apartaba asqueada en busca de otra alma con la que acabar.

Cualquiera de esos cuatro rostros de la muerte te cortaría el hilo vital en cuanto te mirara, y éstos eran los rostros que traía la tribu de los balt.

Los balt. Eran ellos quienes habían llevado la muerte al aett de los ascommani. Veinte botes. Era muy pronto, demasiado temprano en la estación para una incursión. Un individuo tenía que estar desesperado para salir a volver roja la nieve cuando podía esperar a las primeras hierbas y a una temperatura más favorable.

Veinte botes, y todos preparados para navegar sobre el hielo con las velas izadas.

Si hubieran tenido tiempo para ello, los ascommani se habrían preguntado el motivo por el cual su fin llegaba tan temprano. La Tierra del Hierro, donde se encontraban los asentamientos de los balt, se había mantenido firme durante veinte largos años, pero muchos habían empezado a decir que sus raíces se habían reblandecido. Muchos decían que ya sólo duraría un verano más, dos como mucho, y que después el mar se la tragaría de nuevo para llevarla a la forja del mundo.

La tierra de los ascommani iba desde la punta de la lengua de tierra hasta la banquisa de hielo. Era difícil de cultivar, y carecía de defensas naturales, pero sólo tenía un año, y los zahoríes habían proclamado que era un terreno bien asentado, con muchos años por delante.

Así pues, había ansia de tierra. Quizá se trataba de eso.

Fith sabía la verdad. No había nada que impulsara las ganas de matar como el miedo, y no había nada que atizara tanto el miedo como un mal augurio. Una estrella con cabellera. Una estrella diurna. Color en el hielo. Una enorme flor en el mar. Humo en la banquisa de hielo donde no había asentamiento alguno. Una criatura muerta que acabó en la orilla y que no debería existir. Algo nacido de ganado o de mujer que no debería existir. Algo con defectos de nacimiento.

Algunas veces, un mal sueño era suficiente, un mal sueño que te decía que la tribu que vivía un poco más abajo a lo largo de la costa o de la punta de tierra era maleficarum. Dejabas que el ansia de sangre te sirviera como excusa mientras te ponías la cota de malla y empuñabas la

espada, pero te asegurabas de que el gothi de la tribu te cubriera la cara con marcas de salvaguarda trazadas con ceniza mezclada con cola, marcas como el disco solar o el ojo protector, antes siquiera de desplegar las velas.

Y, sin duda, se había producido un mal augurio. Fith lo había visto.

También había sido el primero en ver el asalto. Había visto las velas acercarse a lo largo de la orilla interior con suficiente antelación como para que le diera tiempo a soplar el cuerno de alerta, pero ya era demasiado tarde para que sirviera de algo. Eso sólo le había permitido a su tribu morir despierta.

La partida de ataque de los balt había rodeado la lengua de tierra en sus botes de piel de dragón en la luz grisácea y ciega previa al amanecer. Habían cruzado directamente del océano a la orilla de hielo con sus velas negras, sobre las plataformas, y pasado de navegar en el mar a hacerlo sobre la banquisa con una leve sacudida. Sus vanguardia había llegado desde el otro lado de la franja de tierra, y cruzaron las crestas de las dunas de hielo para caer sobre el asentamiento ascommani desde su parte posterior.

Después de aquello, todo habían sido llamas y golpes. Los balt eran unos individuos enormes, de rostros alargados y barbas peñadas con cera para que formaran un dibujo de rayos de sol bajo los cascos con placas faciales equipadas con lentes. Eran terriblemente eficaces con hachas y mazas, y con las escasas espadas empuñadas por los individuos de mayor rango social.

Sin embargo, no se comportaron con la violencia aullante habitual en las incursiones o en los asaltos de castigo de los balt. Atacaron en silencio, aterrorizados por lo que habían acudido a matar, aterrorizados por la magia del cielo. Se mantuvieron en silencio y actitud ceñuda, decididos a matarlo todo para anular la magia. Hombres, mujeres, niños, ganado, nada se libró de sus golpes. No hubo el más mínimo atisbo de piedad. A nadie se le ocurrió hacer prisioneros o tomar esclavos. Las mujeres de los ascommani eran famosas por su belleza, y también había muchas jovencitas saludables que con el tiempo se podrían convertir en valiosas esclavas de cría, pero los balt habían dejado a un lado cualquier deseo que no fuera el de matar para verse libres de aquel tremendo miedo.

El sonido de una hacha al golpear es un chasquido húmedo de carne al abrirse y un golpe sordo de hueso al partirse, semejante al de la madera joven al ser cortada. Una maza hace un sonido amortiguado parecido al de un martillo al clavar estacas en la marga o en hielo blando. Lo peor, en cualquiera de los dos casos, eran los sonidos que se producían a continuación. Los chillidos de los agonizantes, los aplastados y los moribun-

dos, Los gritos suplicantes de los heridos y mutilados. Los impactos cortantes de la muerte, que caían una y otra vez hasta que los caídos dejaban de estar vivos, o sus cuerpos dejaban de intentar levantarse, o dejaban de gritar o dejaban de estar completos.

Fith tuvo el tiempo justo de ponerse la cota de malla y de empuñar el hacha. Unos cuantos hersir más se agruparon armados a su alrededor y se enfrentaron a los primeros invasores que subían por el muro y se colaban a través de las rendijas de las ventanas. El pánico ya se había extendido. Eran las carreras enloquecidas y a ciegas en la oscuridad, el hedor a orina, los primeros rastros de humo en el aire.

El hacha estaba equilibrada para ser utilizada con una sola mano, y era una herramienta de excelente manufactura, con una cabeza de hierro de alta calidad que pesaba tanto como un recién nacido. La sonrisa que formaba el filo de la hoja medía de un extremo a otro más que la palma de una mano, y había pasado por la piedra de amolar la misma noche anterior.

El hacha es una herramienta de mecanismo muy sencillo, una palanca que multiplica la fuerza de tu brazo para transmitirla a la fuerza del choque de la hoja. Este sencillo mecanismo se aplica tanto si se corta madera como si se cortan personas.

El hacha de Fith era una cortadora de huesos, una rompedora de escudos, una reventadora de cascos, una segadora de hilos de vida. Era un hersir del aett ascommani, y sabía muy bien cómo combatir.

El combate era una lucha a degüello en el propio asentamiento. Fith mató a dos guerreros balt y los derribó de espaldas desde el muro, pero la estrechez del lugar le impedía blandir con eficacia su arma. Supo que tenía que salir de ahí. Avisó a gritos a los hersir que estaban con él, y todos retrocedieron.

Bajaron del muro y se adentraron en la explanada central del asentamiento, envuelta ya por las nubes de humo negro, y allí se enfrentaron cara a cara con los guerreros balt de cascos provistos de lentes. Fue una locura. Una lucha sin cuartel. Las armas afiladas giraron en el aire como las aspas de un molino en mitad de una tormenta.

Fenk cayó al suelo cuando una hacha balt le abrió la pantorrilla de arriba abajo de un solo tajo. Aulló de rabia cuando la pierna le cedió, completamente inutilizada. Un par de segundos más tarde, una maza le dio de lleno en la cabeza con tanta fuerza que le dobló el cuello y se lo partió, cortándole el hilo de la vida. Se desplomó, inerte, en el suelo, con la cabeza destrozada expulsando sangre a chorros.

Fith hizo retroceder a un balt armado con un martillo, atemorizándolo con los molinetes silbantes que hacía con el hacha en el aire.

Ghejj intentó proteger el costado de Fith utilizando las tácticas básicas de una pared de escudos, pero no había tenido tiempo de sacar un escudo en condiciones del almacén y sólo se defendía con un cuadrado de prácticas que había conseguido en el campo de entrenamiento. Una lanza lo atravesó de lado a lado, y lo rajó de tal manera que las entrañas se le escaparon para caer a la nieve como un montón de salchichas. Ghejj intentó recogerlas, como si le fuera posible reunir las y metérselas de nuevo para que todo volviera a la normalidad. Los intestinos humearon bajo el aire primaveral. Gritó por el tremendo dolor. No pudo evitarlo. Sabía que estaba muerto.

Miró a Fith al mismo tiempo que volvía a gritar. Esta vez no fue por el dolor. Lo hizo enfurecido, porque se sabía irremediabilmente muerto.

Fith lo golpeó, misericorde, para poner fin a su sufrimiento.

Fith dejó atrás la última imagen que había visto de Ghejj y vio que había dedos esparcidos por la nieve, en la misma nieve revuelta por los pies que la habían pisoteado y que habían resbalado sobre ella, además de enrojecida por la sangre derramada sin cesar. Eran dedos de mujeres y de niños, de unas manos alzadas para protegerse, de heridas defensivas.

Vio un poco más allá, también en la nieve, la mano de un niño, entera y perfecta. Reconoció la marca del anillo que llevaba puesto. Conocía al niño al que pertenecía aquella mano. Conocía al padre de aquel niño.

Fith sintió que una neblina roja le inundaba por completo la cabeza.

Un balt se dirigió a él en silencio y con actitud decidida. Fith sopesó un momento el arma, luego la blandió con rapidez y le abrió la cara al balt de un extremo a otro con un profundo tajo.

Quedaban cuatro hersir: Fith, Guthox, Lern y Brom. No se veía señal alguna del jefe del aett. Probablemente estaría muerto y boca abajo sobre la nieve roja, lo mismo que todos sus huscarls.

Fith olió la sangre. Era tremendamente asfixiante, un hedor caliente y cobrizo que sobrecargaba el helado aire del amanecer. También le llegó el olor de las entrañas de Ghejj: de los intestinos, del contenido del estómago reventado, la grasa amarillenta de la barriga, el calor de su vida.

Fith supo que había llegado el momento de marcharse.

El upplander se encontraba en el refugio más alejado. Incluso los ascommanni sabían que había que mantenerlo apartado de la gente.

Lo encontró recostado contra los cojines.

—Escúchame bien. ¿Me entiendes? —le dijo Fith con voz sibilante.

—Te entiendo. Mi traductor funciona —le contestó el upplander con la cara pálida.

—Los balt están aquí. Son veinte barcos. Te matarán a golpes. Dime, ¿quieres la piedad de mi hacha?

—No, quiero vivir.

—¿Puedes caminar?

—Quizá. No me dejéis aquí. Le tengo miedo a los lobos —le contestó el upplander.

No hay lobos en Fenris.

Cuando al upplander le dijeron aquello años atrás, se había echado a reír.

Se lo había oído decir a un conservador y erudito venerable, que más tarde se convirtió en un iterador célebre, llamado Kyril Sindermann. El upplander, que muy poco antes se había graduado con notas excelentes en el Universariado de Sartis, se había ganado una deseada plaza en una misión de ocho meses de duración para investigar y preservar algunos arcanos núcleos de datos de NeoAleksandrya, antes de que las tormentas de arena y las borrascas de radiación abrasadora arrasaran las valiosas ruinas y las borrraran para siempre del vacío melancólico de la zona de Nordáfrika. Eso ocurrió muchas décadas antes de que el upplander decidiese ir a Fenris o hacerse llamar Ahmad Ibn Rustah. En aquel entonces tenía veinticinco años y sus amigos lo conocían por el nombre de Kasper.

Sindermann se aprendió su nombre desde el principio. No era el jefe del proyecto. Lo habían enviado para una simple consulta de tres semanas, pero no tenía reparos en mancharse las manos o en departir con los miembros de menor rango del equipo. Se comportaba de un modo afable con las personas, y los nombres de cada una de ellas eran importantes para él.

Una noche, el equipo se enzarzó en una discusión, como era habitual, durante la cena que tomaban en la base del proyecto, una estación modular construida en alto de modo que conectara con las ruinas de la biblioteca.

Estaban exhaustos. Todos habían trabajado durante unos turnos excesivamente prolongados para lograr cumplir los fines de la misión. Nadie quería que las valiosas memorias digitales que albergaban las ruinas se perdieran para siempre.

Por ello, todo el mundo estaba quemado por la arena ardiente, a todos les faltaban horas de sueño y habían perdido masa corporal debido a la falta de hidratación. Las noches deberían haber sido un tiempo para tomarse un descanso reparador, pero sus sueños se habían visto acosados por los fantasmas de datos de NeoAleksandrya, unos espíritus comunicativos que no dejaban dormir a los seres vivos. Así pues, se mantenían despiertos para no permitir acercarse a esos fantasmas, y las noches se convirtieron en largas veladas de compañías agotadas y de reflexiones sobre los vientos cortantes que aullaban sobre la tumba radiactiva de NeoAleksandrya y asaltaban los contrafuertes antitormenta herméticamente cerrados.

Hablaban de todos los temas posibles con tal de no dormirse. Sindermann, quizá el mejor polimatemático que el upplander jamás tuviera el honor de conocer a lo largo de toda su prolongada vida, era un conversador incansable.

Los miembros de mayor edad del equipo hablaron sobre los distintos lugares que habían visitado a lo largo de sus carreras, y los más jóvenes, de los lugares que querían o que todavía esperaban visitar. Aquello llevó, de forma inevitable, a la redacción de una lista de deseos, el itinerario soñado por cualquier erudito, historiador o rememorador, y que incluía los principales lugares de toda la creación conocida. Cualquiera de ellos daría buena parte de sus riquezas o una parte de su cuerpo con tal de echar un simple vistazo. Era una lista con los lugares secretos del universo, con sus maravillas más remotas, sus rincones más enigmáticos, sus escenarios improbables y sus yacimientos más míticos. Fenris formaba parte de aquella lista. Irónicamente, dado lo que el upplander presenciaba hacia el final de una de sus vidas, Tizca también estaba en esa lista.

Sindermann, aunque era un individuo de mucha edad y experiencia, no había estado nunca en Fenris. El número de extranjeros que habían visitado Fenris era increíblemente pequeño. Claro que, tal y como lo había expresado el propio Sindermann, Fenris no era un planeta que diera precisamente la bienvenida a sus visitantes, ni era un anfitrión amable. Debido a las extremas condiciones naturales, incluso un individuo bien preparado tendría suerte de sobrevivir unas pocas horas en terreno abierto.

—A pesar de eso, pensad en todo ese hielo —les había comentado Sindermann.

La temperatura en la base de investigación alcanzaba los cuarenta grados, incluso en plena noche, cuando el centro de control de clima se

estropeaba. Todos soltaron exclamaciones quejumbrosas ante el comentario sarcástico de Sindermann.

Luego, sin motivo aparente, éste hizo la observación sobre los lobos, un comentario que había llegado hasta él a través de una cadena de viajeros e historiadores tan larga que su procedencia exacta era imposible de rastrear.

—No hay lobos en Fenris —se había limitado a decir.

El upplander sonrió, esperándose alguna ocurrencia divertida. Su sonrisa ocultó el estremecimiento que le recorrió todo el cuerpo.

—A excepción, claro, de... los propios lobos, ¿no? —le contestó.

—Exacto, Kasper —le confirmó el anciano.

El tema de conversación no tardó en cambiar, y el comentario quedó olvidado.

A Fith no le apetecía mucho tocar al upplander, pero no iban a llegar muy lejos sin un brazo que lo sostuviera para que pudiera caminar. Irguió un poco al individuo, y el upplander lanzó un grito por el lanzazo de dolor.

—Pero ¿qué haces? ¡Déjalo ahí! —le gritó Brom.

Fith soltó un bufido. Brom sabía muy bien que no podía hacerlo. No se trataba de que a Fith le apeteciera arrastrar al upplander, pero era lo que había que hacer con los augurios. No se los invitaba a tu aett, pero una vez estaban allí, no se los podía dejar de lado.

Fith era tan incapaz de dejar abandonado al upplander como los balt de no llevar a cabo los planes de matanza que habían iniciado esa medianoche.

Lern se les acercó y lo ayudó a llevar al herido. Los refugios del aett estaban envueltos en llamas y cubrían el pálido cielo del amanecer con unas gruesas columnas de humo negro. Los balt no habían dejado de cortar hilos de vida. De vez en cuando, unos gritos agudos de dolor y de angustia cruzaban el aire como flechas silbantes.

Corrieron a lo largo del borde de la escarpadura sin dejar de tropezar debido a la carga que suponía el herido. Guthox y Brom los seguían sobre la nieve con grandes amplias zancadas para avanzar mejor. Brom había conseguido una lanza en algún momento de la lucha. Un puñado de guerreros balt salieron en su persecución, y los siguieron como perros de caza, encorvados y a grandes saltos.

Guthox y Brom se dieron media vuelta para hacerles frente. El hacha de Guthox derribó al primero de ellos y provocó un chorro de sangre de cinco metros que salpicó el hielo a su alrededor. La punta de la lanza

de Brom dio de lleno en la mejilla de otro enemigo y se la arrancó, como si no fuera más que un trozo de trapo, acompañada de un buen puñado de dientes, que cayeron con la misma facilidad que los granos de una espiga. Brom mató a su oponente con el otro extremo de la lanza de un golpe en la cabeza mientras caía agarrándose el lado desgarrado de la cara.

Los balt los rodearon y se mantuvieron a distancia de la lanza de Brom. Fith dejó que Lern cargara con todo el peso del upplander y se dio media vuelta. Pasó corriendo al lado de Brom, lanzado en una carga aullante, y le rebanó la parte superior del cráneo a un balt con el hacha que blandía en círculos. Aquello lo cambió todo. Los balt se lanzaron contra ellos sin importarles la lanza. Intentaron utilizar los escudos para mantener la punta del arma lejos de sus caras, y uno de ellos recibió casi de inmediato un lanzazo en pleno esternón. Se oyó un crujido parecido al de la madera al partirse cuando la punta de hierro le atravesó el pecho, y el guerrero vomitó un chorro de sangre. Pero la lanza se quedó clavada, y el peso muerto del balt se la arrancó a Brom de las manos, quien retrocedió trastabillando sin otra arma para protegerse que un cuchillo largo.

Guthox utilizó su hacha para romper un escudo y el brazo que lo sostenía, y luego derribó a su oponente de un hachazo en el cuello. Después se volvió para desviar el ataque de otro enemigo con la parte ancha de la hoja del arma, pero el balt era grande y fuerte, y obligó a Guthox a retroceder encadenando una serie de golpes demoledores.

Fith todavía conservaba el impulso de la carga. Derribó a otros dos oponentes. A uno de ellos lo dejó desangrándose en la nieve, y al otro completamente aturdido, así que se volvió justo a tiempo de ayudar a Guthox, y clavó la aguzada punta del mango del hacha en la espina dorsal del enorme balt que estaba acosando a su amigo.

Fith sacó la punta del hacha con un gruñido feroz y el balt se desplomó de bruces en la nieve. Brom estaba acabando con otro con una serie de puñaladas feroces. El balt lo había herido en el primer ataque, pero cometió el error de acercarse demasiado al cuchillo largo del hersir.

Volvieron corriendo hasta donde Lern los estaba esperando con el upplander. Brom había recuperado su lanza, pero dejaba un rastro de nieve roja a su espalda.

El upplander jadeaba por el esfuerzo. El calor escapaba a vaharadas de su boca, abierta de par en par. Bajo la capa de tormenta que le habían prestado llevaba unos ropajes confeccionados con tejidos que ni Fith ni los suyos conocían. La caída desde el cielo había dejado maltrecho al upplander. Fith supuso que se le habían roto unos cuantos huesos, aun-

que jamás había visto el interior de un upplander, así que no sabía si sus cuerpos eran iguales a los de los ascommani, a los de los balt o a los de los habitantes de los demás aett.

En realidad, Fith no había visto a un upplander en toda su vida. Jamás se había visto involucrado con un augurio tan malo como aquél. Se preguntó qué le habría ocurrido al gothi del aett. Se suponía que debía de ser un individuo sabio, y también se suponía que tenía que utilizar esa sabiduría para dirigir y salvaguardar el wyrd del aett.

No lo había hecho nada bien. El gothi no había sabido qué hacer con el upplander cuando los hersir lo habían llevado ante su presencia después de rescatarlo del lugar donde había chocado, y seguía sin saber qué hacer después de aquel primer encuentro, a excepción de sacudir los abalorios de hueso y su escudilla llena de dientes de peces, además de suplicarle a los espíritus con los mismos cánticos cansinos de siempre, rogándoles para que bajaran de las Tierras Superiores y se llevaran consigo a aquel de los suyos que estaba entre los ascommani.

Fith creía en los espíritus. Tenía una fe firme en su existencia. Creía en las Tierras Superiores, donde vivían los espíritus, y en el Subuniverso, donde moraban los espectros. Era a lo único que se podía aferrar cualquiera en el paisaje cambiante del mundo de los mortales, pero también era un individuo pragmático. Sabía que había momentos, especialmente cuando el hilo de la vida estaba tan tenso que se podía partir, en los que uno tenía que hacer su propio wyrd.

Los ascommani guardaban todos sus barcos en una cuenca situada a tres tiros de flecha del aett. Era un pequeño cráter de hielo abierto al mar en la parte norte de la lengua de tierra, y tenían más de diez naves allí. La mayoría se encontraban sobre bloques sacados del hielo para que los hombres del aett pudieran trabajar durante las horas de luz diurna para quitarles las plataformas de deslizamiento y prepararlas para las aguas primaverales. Una de ellas era la nave del propio jefe del aett, que se encontraba preparada para partir en cualquier momento. A aquello se le llamaba «mantenerla clavada». Al igual que se colocaba la hendidura del extremo de una flecha en la cuerda del arco y se mantenía lista para ser disparada, el bote del jefe permanecía sobre los patines en el hielo duro, con todo el velamen preparado para desplegarse y llenarse de viento, y sólo las maromas de anclaje le impedían moverse.

—¡Meteos en el bote! —les ordenó Fith mientras bajaban deslizándose por la pendiente en dirección al borde de la cuenca.

—¿Qué bote? —le preguntó Lern.

—¿En el del jefe! —le replicó Fith.

—Pero es el bote del jefe... —dijo Guthox con cautela.

—Él no va a necesitarlo ya —insistió Fith—. Al menos, no tanto como nosotros.

Guthox lo miró sin parecer comprenderlo.

—El jefe ya debe de estar durmiendo sobre la nieve roja. Súbete ya al bote, idiota —le bufó Fith.

Todos se subieron al bote y dejaron al upplander sobre la proa. Los balt comenzaron a aparecer sobre la cresta de la ladera, y los hersir oyeron los zumbidos de las primeras flechas.

Fith desplegó las velas, y éstas se llenaron al instante. La tela chasquéó con un sonido semejante a un trueno cuando recibieron el aliento de la tierra. Aquella mañana soplaban un fuerte viento cargado de nieve, pero él apenas lo había notado hasta ese momento. Las cuerdas de anclaje crujieron y se tensaron cuando el bote se revolvió levemente sobre el hielo, impaciente por deslizarse sobre su superficie.

—¡Cortad los cabos! —gritó Fith.

Guthox lo miró desde la popa, donde el tirón del viento hacía que los tensores rozaran contra la regala del bote.

—¿De verdad que no va a venir? —insistió.

—¿Quién?

—El jefe. ¿Viste cómo le cortaban su hilo?

—Ya estaría aquí si tuviera que venir —le replicó Fith.

Oyeron unos chasquidos fuertes, semejantes a los de las ramas verdes al abrirse en una hoguera. Las puntas de hierro de las flechas se clavaban en el hielo alrededor del bote y levantaban pequeños surtidores de escarcha o perforaban directamente la corteza azul oscuro de la superficie helada. Dos de las flechas impactaron en el bote, y una de ellas se clavó en el mástil principal la profundidad equivalente a un antebrazo humano.

—¡Cortad los cabos! —aulló de nuevo Fith.

Guthox y Lern cortaron los cabos con las hachas y el bote salió disparado como un animal que huyera, con las velas hinchadas y tan rígidas como el hierro. La sacudida los hizo caer sobre la tablazón del fondo. Los patines de filo metálico del soporte para el hielo chirriaron al deslizarse sobre la superficie helada de la pequeña cuenca.

Lern tomó el timón. Era el mejor timonel de todos ellos. Rodeó con el brazo la caña y se la colocó bajo la axila para apoyar todo el peso del cuerpo y clavar el extremo de la pala en el hielo al mismo tiempo que

equilibraba la tensión de las jarcias de las velas de ambas bordas, una con cada mano. Controlar una nave como aquélla era una batalla tanto de fuerza como de ingenio. Una mala decisión, un aflojamiento en una de las velas laterales, un empuje demasiado forzado del timón principal, y la combinación de hielo pulido y de viento inmisericorde serían capaces de hacer volcar incluso la nave de mayor tamaño hasta convertirla en leña para la hoguera.

Salieron de la cuenca y cruzaron la lengua de hielo que atravesaba el saliente de granito que daba al mar abierto. Sólo que no era un mar de agua. Ya había pasado la época del frío glacial más intenso, y la temperatura ya estaba subiendo, pero la zona de mar situada a lo largo de aquella ensenada seguía reflejando el cielo como un espejo pulido. En unas zonas tenía un color gris verdoso parecido precisamente al de un espejo antiguo, mientras en otras era de un azul semejante al de un zafiro sin tallar. En otras era transparente y claro como un cristal, pero en todos lados tenía como mínimo el espesor de la altura de dos o tres hombres.

El frío les dio de lleno en cuanto salieron de la cuenca y los patines del bote comenzaron a arañar la superficie del espejo de hielo y a chillar como las voces ominosas de los espectros del Subniverso. Era el frío abierto, el frío apagado pero cortante del final del invierno, el frío violento del espacio helado. A todos se les escapó una exclamación involuntaria ante el impacto físico, y se alzaron de inmediato los cuellos de los abrigo o se taparon la boca y la nariz con las bufandas para protegerlas de aquel frío inclemente.

Fith miró al upplander, que estaba tendido sobre la proa. Jadeaba por la combinación de dolor y ejercicio físico, y el calor se le escapaba con el aliento formando grandes nubes espectrales que el viento se apresuraba a arrastrar.

Fith cruzó el bote, que no dejaba de dar sacudidas, en su dirección. Lo hizo caminando con el paso bamboleante propio de un veterano marino de hielo.

—¡Cierra la boca! —le gritó.

El upplander lo miró con expresión de no entenderlo.

—¡Cierra la boca! ¡Respira por la nariz!

—¿Qué?

Fith se arrodilló a su lado.

—El calor se te escapará a chorros del cuerpo si sigues con la boca abierta. Respira por la nariz. Conserva el calor.

Abrió una de las arquetas de hierbas entretejidas y sacó una manta

y unas cuantas pieles. Todas estaban tiesas por el frío, pero las sacudió con fuerza y luego cubrió con ellas al upplander.

—Por la nariz —le recordó—. ¿No lo sabías? ¿Es que no conoces el frío?

—No.

—Entonces, ¿para qué demonios has venido a esta tierra, si no conocías todos los modos en los que es capaz de matarte?

El upplander no tenía una respuesta para aquello. Ni siquiera tenía fuerzas para intentarlo. Una oleada de dolor renovado se estaba apoderando de él, extendiéndose por todo el cuerpo. Le inmovilizaba hasta los pensamientos, y ni siquiera le permitía disponer de una mínima reserva de energía mental que pudiera utilizar en otras tareas. Jamás había sufrido un dolor semejante, excepto quizá en una ocasión.

Oyó que alguien tocaba un clavecín. El movimiento de las teclas componía una alegre canción que apenas era capaz de captar por encima del chirrido de los patines y de los rugidos de la tripulación de bárbaros.

Oyó sonar el clavecín, y supo que debería saber por qué.

Los balt se lanzaron en su persecución. Lern avisó al grupo en cuanto los vio, y señaló a un punto a popa. Todos divisaron el puñado de botes que salió deslizándose sobre el hielo tras rodear el extremo de la lengua de tierra. Llevaban velas negras, con todo el aparejo preparado para efectuar una incursión de exterminio. Los balt estaban decididos a llevar al exterminio hasta al último de sus enemigos. Fith había albergado la esperanza de que abandonaran la matanza una vez acabara el ataque principal contra el aett.

Pero no. Los balt debían de estar aterrorizados para continuar aquello y lanzarse en su persecución. No iban a cejar hasta que todos y cada uno de ellos estuvieran muertos.

Fith se preguntó qué les habría dicho su gothi. ¿Qué interpretación habría deducido de la aparición de la estrella con cabellera en mitad de la noche? Había sido un rastro de luz que señaló de forma acusadora el territorio de los ascommani. ¿Cómo habría explicado el temblor en la tierra, el sonido provocado por la estrella cuando impactó contra el hielo?

¿Qué les habría dicho a los hersir, al jefe, todos con los ojos abiertos, a las mujeres y a los niños, despertados en mitad de la noche y llorosos por el enorme estruendo?

Fith vio en una ocasión al gothi de los balt, tres años grandes atrás, cuando los balt y los ascommani tenían relaciones comerciales, cuando se

podían visitar los aett respectivos para negociar y trocar cargamentos de pieles, de hierba trenzada y de carne ahumada por balas de hierbas aromáticas, aceite de lámpara, velas de grasa de ballena y lingotes de hierro.

Los jefes se habían reunido de un modo formal, con un intercambio de regalos y muchas reverencias y ceremonias, incluido el recitado de los linajes y de las sagas por parte de los escaldos, y un intenso resonar de los cuernos de bronce de los balt, que sonaban como una mezcla del eco de una cueva marina y un pedo medio contenido.

El gothi de los balt era un individuo flacucho, «más alto que un arco de guerra y la mitad de gordo», como decía el refrán. Tenía una gran y prominente mandíbula, muy parecida a la de una mula o a la de un retrasado. También mostraba numerosos objetos decorativos metálicos que le perforaban los labios, la nariz y las orejas, hasta el punto que parecía sufrir alguna clase de enfermedad que provocara la aparición de forúnculos y llagas.

Llevaba una vara confeccionada a partir del hueso del antebrazo de un oso y un torques de plata. Alguien se había dedicado a entretejerle largas plumas de aves marinas en el cabello largo y lacio, y el conjunto le caía como un manto blanco sobre los hombros. Su voz era débil y aguda.

Se llamaba Hunur.

Sin embargo, siempre hablaba con sensatez. Fith se había acercado a la cabaña del gothi durante el proceso de regateo y trueque y se había unido a los oyentes agrupados alrededor del fuego para escuchar lo que decía. El gothi de los balt sabía muy bien cómo funcionaba el mundo. Habló con claridad y sencillez del Verso y del Subniverso, como si los propios espectros que lo habitaban le hubieran contado todos sus secretos.

El gothi de los ascommani era una bestia enloquecida. Tenía ataques, y olía como una vaca marina, y lo más probable era que ambos factores hubieran contribuido a su elección como gothi, aunque Fith tenía que admitir que era bueno con las estrellas. En ocasiones daba la impresión de que era capaz de captar el sonido que hacían sus estructuras mientras patinaban sobre el cristal del cielo, pero el resto del tiempo se mantenía de un humor horrible y una actitud enloquecida.

Se llamaba Iolo.

Hunur y él se habían encontrado frente a frente durante la reunión de trueque y se habían olfateado y gruñido el uno al otro como dos focas toro en celo, y luego pasaron todo el tiempo intentando robarse sus secretos entre sí.

Sin embargo, también le había dado la impresión de que sentían

temor el uno por el otro, como si al intentar apoderarse de los secretos mutuos se arriesgaran a contraer una infección.

Así funcionaba la magia. Tenía un lado negativo. La magia era capaz de transformar la vida de un individuo, pero también podía corromperla, sobre todo si no se tenía cuidado, si no la vigilabas, la calmabas y la mantenías contenta. La magia poseía un trasfondo peligroso que era capaz de infectar a cualquier individuo si éste no prestaba atención.

La magia se podía volver realmente peligrosa. Te podía llegar a atacar, aunque fueses el gothi o el hechicero más cuidadoso y perfeccionista.

La peor magia de todas era la magia del cielo, y era precisamente la magia del cielo la que viajaba a bordo, en la proa de su nave.

Fith se preguntó qué les habría dicho el gothi de los balt a su tribu para volverlos tan implacables en su intención de matar.

Lern viró hacia el oeste, a través de la garganta reflectante de la península, bajo la sombra de los riscos de aquella franja de tierra, para salir a la llanura de nieve, la lengua que surgía del gran glaciar.

El hielo era mejor que el agua para escapar. Se podía conseguir diez veces más velocidad con la misma cantidad de trazo. Sin embargo, el esfuerzo necesario para conseguirlo era tremendo. Fith sabía que deberían cambiar de timonel en una hora o menos, o bien dejar descansar a Lern, porque la concentración necesaria era muy intensa. Los ojos de Lern ya mostraban una mirada de cansancio, al menos, lo poco de ellos que Fith fue capaz de ver por encima del cuello de su abrigo.

Cruzaron a toda velocidad un largo *strayke* de la llanura de hielo que tenía el color gris de las escamas de los peces, y luego atravesaron los salientes de nieve donde las puntas de las rocas cuarteadas que formaban las morrenas glaciales sobresalían de la capa de hielo transparente como trozos de hueso partido.

Las naves de los balt se quedaban atrás poco a poco. Un buen bote balt, tallado con hachas utilizando madera marina y huesos de ballena, era una buena nave, pero cualquier bote de los ascommani era superior, y mucho más una nave construida especialmente para el jefe de un aett.

«Quizá consigamos sobrevivir.»

Era una posibilidad todavía bastante remota, y Fith se maldijo a sí mismo por pensar en ello, ya que podría atraer la mala suerte al hacerlo. Quizá podrían dejar atrás por completo a la partida de los balt y encontrar santuario en algún lugar.

Los hradcana eran su mejor opción. Eran una de las tribus más

poderosas del oeste, y tenían numerosos aett repartidos por todo el espinazo rocoso de la llanura de hielo, a menos de un día de distancia de viaje. Además, y lo que era más importante, entre los ascommani y los hradcana existía un acuerdo de paz que había durado hasta ese momento a lo largo de la vida de los últimos seis jefes. Sin embargo, más importante todavía que eso, era el hecho de que los hradcana y los balt se habían enfrentado y habían enrojecido la nieve de forma esporádica desde hacía ya diez generaciones.

Fith notó cómo se le levantaba el ánimo cuando Guthox divisó las primeras velas de los hradcana. Algún vigía los habría visto cruzando a toda la velocidad el hielo y había enviado una señal de cuerno por la cadena de puestos de vigilancia que se extendían por la zona, y el jefe de los hradcana habría ordenado partir a los botes para ayudar a los fugitivos ascommani.

Un momento después, se dio cuenta con una desazón creciente de que esa explicación no concordaba con los hechos.

—Estamos demasiado lejos —murmuró.

—¿Qué? —le preguntó Brom, quien estaba intentando cerrarse la herida con hilo de pescar y una aguja de hueso. Era una tarea demasiado complicada para realizarla con los guantes puestos, pero el frío que traía el viento era demasiado intenso para que las manos desnudas consiguieran moverse con la delicadeza y la precisión necesarias. Lo cierto era que casi estaba empeorando la herida.

—Estamos demasiado lejos todavía como para que ninguno de los centinelas de los hradcana nos haya visto —le explicó Fith—. Han partido porque sabían que vendríamos.

—¡Y una mierda! —bufó Brom.

Fith se fijó bien en las velas de los botes de los hradcana. Las velas era lo primero que se veía de una nave, por lo que a menudo se utilizaban para declarar las intenciones de los que iban a bordo. Una vela amarilla del color de la paja invitaba al comercio y al trueque. Una vela púrpura indicaba el luto de un aett por la muerte de un jefe o de una reina. Una vela blanca, como la que impulsaba el bote de Fith, proclamaba unas intenciones pacíficas o una misión de embajada. Una vela negra, como las que habían utilizado los balt, era una vela traicionera, porque ocultaba la intención de atacar en mitad de la noche, por lo que no respetaba las convenciones habituales.

Una vela roja era una declaración a los cuatro vientos de la intención de matar.

Todas la velas de los hradcana eran de color rojo.